Investigación para principiantes en educación superior

Edilson Silva Liévano¹ / palabrerros@hotmail.com

El título del presente ensayo es una parodia de aquellos textos que leíamos, y seguimos leyendo, de universitarios y profesionales, tales como: *Semiótica para principiantes* de Paul Cobley, o *Marx para principiantes*, y toda una saga de libros didácticos que pretendían acercarnos a teóricos, disciplinas o nociones complejas, que a veces sonaban a broma, como con *La posmodernidad: (explicada a los niños)* de Jean Francois Lyotard, que no deja de ser un texto con cierto grado de complejidad. Pues bien, la idea de este ensayo, si se quiere, la afirmación o tesis que se pretende desarrollar, es que la investigación implica un proceso simple que nos permite comprender la complejidad de las cosas, no que es un proceso complicado para llegar a la simplicidad de las cosas.

También hubiéramos podido titular este ensayo: *La investigación explicada a los niños*, pero la cuestión es si realmente a los niños se les debería explicar la investigación, cuando son ellos en realidad grandes investigadores: por naturaleza, se la pasan todo el tiempo tratando de explicarse el mundo, porque, o es muy nuevo para ellos o les causa curiosidad saber por qué las cosas funcionan de una manera y no de otra; por ejemplo, desbaratan sus juguetes sólo para saber cómo son su partes y luego intentar reconstruir el todo.

Hay en los niños una actitud natural por descubrir el mundo, una cualidad de asombro y de interrogación. Así, por ejemplo, Estelle Phillips y Derek S. Pugh, quienes escribieron un libro muy serio titulado *Cómo obtener un doctorado*, parten justamente de una noción que llaman “básica” y de sentido común: “investigar es descubrir algo que no se conoce” (2003, p. 65). Sin embargo, esta noción es problematizada inmediatamente por los autores, pues, al mismo tiempo, resulta muy amplia y muy restringida, pues no se consideraría una investigación, por ejemplo, conocer la hora en que parte un vuelo de avión o un tren, ni medir simplemente la alcalinidad o el PH del agua de una piscina, se trata más bien de: “descubrir que no se sabe algo” y, en virtud de este tipo de investigación: “reorientamos nuestro pensamiento, replanteamos lo que queremos saber y nos centramos en nuevos aspectos de nuestra compleja realidad” (p. 65).

En educación sucede algo parecido, y no habría razón para creer que es diferente, sabemos que los niños aprenden o sabemos que no saben algo, pero la investigación nos conduce a pensar en cómo aprenden, cuál es la mejor manera de triangular los objetos de conocimiento, los estilos de aprendizaje y las mediaciones necesarias, para lograr tal aprendizaje, por ejemplo. Entonces, para no confundir la naturaleza de la investigación con otras actividades inherentes a los procesos de investigación, debería dejarse planteada la idea de que la naturaleza de la investigación se distingue de esas otras actividades, como la de recopilación de la información, y que de entrada no es un proceso complicado, pues hasta un niño puede hacerla.

¹ Licenciado en Filosofía y letras, Universidad de la Salle; Magister en Literatura hispanoamericana, Instituto Caro y Cuervo; Especialista en formación de actores para teatro, cine y televisión, Escuela de Artes Cinematográficas, SER. Docente-investigador, Universidad Cooperativa de Colombia y Universidad Pedagógica Nacional. Autor de la novela *Risa* (2009), y del libro *Leer y escribir en el aula universitaria* (2009).

Desde la antigüedad existe un principio que reza: “la fe mueve montañas”; de la misma forma, podríamos afirmar que la investigación “mueve sociedades”. ¡Qué bien!, son dos afirmaciones similares, pero de naturalezas diferentes; fe y razón, lo que Santo Tomás llamó alguna vez, las dos alas del espíritu humano, es decir de la inteligencia. Siendo de naturaleza diferente se abonan una a otra, en mi caso, considero que más bien las dos, tanto fe como razón, tienen un patrimonio común: la creencia.

La investigación se mueve por fuerza de creer que la realidad puede transformarse y que las cosas ya no serán vistas como antes, siempre hay un antes y un después: “trasciende la descripción y exige el análisis. Busca explicaciones, relaciones, comparaciones, predicciones, generalizaciones y teorías. Estas son las preguntas del por qué” (Phillips y Pugh, 2003, p. 67) y, a fuerza de estos por qué nos adentramos al menos en tres tipos de investigación: exploratorias, generalmente sobre problemas que conocemos muy poco; probatorias, que intentan descubrir los límites de generalizaciones previamente propuestas; y, aquellas encaminadas a resolver problemas concretos del mundo real, unas y otras exigen de nosotros el despliegue de nuestra inteligencia creadora, intuitiva, emocional y racional, para mover la sociedad, es decir, cualquiera que sea el campo de investigación con sus respectivos objetos de investigación.

Quisiera sustentar esto último citando algunas investigaciones sobre las que he trabajado en los últimos siete años. Durante mi carrera como investigador he dirigido diversas in-

vestigaciones: para aprender a leer y a escribir como jóvenes universitarios; para que los jóvenes aprendieran a dejar de fumar; para establecer las representaciones simbólicas presentes en ciertos artefactos de ficción, como la literatura orientada a establecer la construcción de nación; un análisis semiótico sobre el arte de los grafiteros y muralistas de la ciudad; una sobre la noción de riesgo que transmitían las entidades gubernamentales en los medios de comunicación a través del discurso, frente a la que manejaban los habitantes del barrio Santa Rosa en la localidad de San Cristóbal; un análisis sobre las estrategias discursivas empleadas por el ex presidente Álvaro Uribe Vélez en sus dos períodos presidenciales, y, ahora mismo, una mirada sobre las cuestiones de género presentes en las migraciones de la novela *María de Jorge Isaacs* hacia los formatos audiovisuales.

Cada una de ellas se mueve sobre la base de una pregunta de investigación que interroga un objeto particular y, en adelante, éste será mediado por la relación que el investigador, yo sujeto humano con intuiciones, deseos, creencias, subjetividades, pueda establecer, siempre conducente a clarificar, dilucidar, analizar, contrastar, evidenciar, etc., un aspecto de la realidad.

Si la investigación, esa posibilidad de ir tras la huella, nos ofrece la oportunidad de mover la sociedad desde los campos donde actuamos, cabe preguntarnos por qué nuestros estudiantes y colegas suelen tener una idea negativa de la misma. Al respecto, Phillips y Pugh (2003), sostienen que:

La gente piensa que hacer una investigación equivale a pasar varios años en un confinamiento solitario y voluntario del cual se sale, a su debido tiempo, con nuevos descubrimientos. Pero de ningún modo es así [...], como todo investigador en actividad, debe interactuar, necesariamente, con una red de académicos [...]. La investigación es un proceso interactivo y requiere el desarrollo de habilidades tanto sociales como académicas (p.32).

Desde este punto de vista la investigación no debería entenderse como una actividad con fines pragmáticos de cualquier índole, más allá de eso, representa un estilo de vida, una forma de alerta y sospecha frente al mundo, la posibilidad de un crecimiento constante y de seguir formándonos a lo largo de toda la vida.

En este sentido, Carrillo Torres, A. y Becerra Jiménez, A. (2006), sostienen que la investigación: “tiene por lo menos dos grandes fuentes: la reflexión crítica sobre la realidad y la formación disciplinar o profesional sobre un campo de conocimiento específico” (p. 18). Además, está profundamente imbricada con las necesidades que plantea la sociedad, tales como: la de aclarar un aspecto que ayude a mejorar una práctica educativa, profesional o institucional; la de dar explicaciones de mayor profundidad a situaciones que afectan o modifican dicha práctica; de sistematizar experiencias educativas, comunitarias o institucionales significativas, previas e integrarlas a determinado marco teórico; la

de subsanar vacíos, insuficiencias o errores en temas ya tratados por otros investigadores o estudios; el intento por aplicar y reformular una teoría ya conocida sobre una realidad educativa concreta y la de atreverse a plantear perspectivas o enfoques educativos pedagógicos nuevos en un contexto determinado. Digamos de paso que tras estos aspectos subyace el pronombre interrogativo de un proceso de investigación: el qué.

Todo lo anterior corresponde a uno de los momentos de la investigación hipotética deductiva, el momento lógico. En este espacio de tiempo, el investigador logra percibir por qué y qué quiere investigar. El momento lógico marca el inicio de un giro de 180 grados sobre la realidad, es el tiempo de establecer la problemática y los problemas, los objetos, la pregunta, los objetivos, la justificación, de revisar lo que ya se ha dicho desde las teorías generales y particulares, es decir, el marco teórico y de establecer lo ya hecho: las investigaciones previas adelantadas sobre el problema que me ocupa. Luego, podríamos llegar a un último aspecto de este momento, lo esperado, los supuestos, la idea de que algo sucede o es susceptible de ser mejorado, es decir, el motor de la investigación, la hipótesis.

Una vez superada esa primera gran etapa, es preciso dar otro paso hacia el momento metodológico. El investigador: “debe tratar de fijar su estrategia ante los hechos que va estudiar, es decir, debe formular un modelo operativo que le permita acercarse a su objeto y conocerlo tal cual es” (IDEA). Debemos aclarar que en este punto el enfoque de la investigación que estemos desarrollando, determinará las pautas para trazar la ruta metodológica, pues hay

marcadas diferencias entre el rol que juega el investigador en un enfoque de investigación tradicional, respecto a una IAP o a una sistematización de experiencias, cada una se define a partir de prácticas.

Considerando este punto, Víctor Manuel Ávila Pacheco, establece algunas diferencias que giran sobre aspectos centrales del proceso de investigación, como la formulación del problema, la recolección de datos, la evaluación de la evidencia, el análisis e interpretación de datos y el informe de la investigación (2010, pp. 51-56). Por ejemplo, en investigación tradicional-hipotética deductiva-, el investigador define su problema al interior de un marco teórico concreto, a partir de definiciones concretas, mientras que en Investigación Acción Participación, IAP, el problema surge de una necesidad sentida por un grupo particular con delimitaciones espacios temporales y contextuales muy concretos.

En la investigación tradicional el investigador se porta como un experto y como un agente externo; entre tanto, en la IAP, el investigador o el grupo no necesitan ser expertos, sino que la comunidad en conjunto, a veces con la mediación de investigadores, toma sus propias decisiones. En la primera, el informe final tiene carácter monológico, académico para ser evaluado por pares académicos; en el segundo enfoque, los resultados son dialógicos, se someten a discusiones amplias y profundas entre el investigador y la comunidad o grupo involucrado en el estudio o problema que se estaba solucionando.

Otro aspecto que también hace parte de este momento es la discusión sobre el método, y cuenta con el inconveniente de que es muy común que

esta palabra se vuelva una jerigonza mecanicista en cada nuevo proyecto de investigación que se lee. Así, por ejemplo, una de las frases más usadas es: “Esta es una investigación cualitativa”; sin embargo, creo que hace falta una reflexión suficiente respecto al método, pero antes deberíamos advertir, a los jóvenes investigadores, que el enfoque de la investigación y los objetivos de la investigación son los que nos permiten trazar la metodología, y que el método es el camino que nos permite llegar a los resultados.

Hoy por hoy se está hablando de métodos mixtos de investigación, Campos Arenas, Agustín (2009), afirma que “los métodos mixtos, como métodos de investigación, están ganando aceptación. Aparecen obras escritas al respecto, revistas y encuentros signados con el propósito de divulgar sus alcances y promover sus aplicaciones” (p. 8). Desde luego, la aplicación de un método u otro sigue siendo una práctica frecuente, y cada uno plantea ventajas y desventajas, pero cada vez más los investigadores aceptan la idea de confrontar y comparar diferentes tipos de análisis de datos en un mismo estudio, lo que ciertos autores denominan triangulación.

El tercer gran momento de la investigación lo constituye el aspecto técnico y es tan importante como el anterior. Durante esta etapa, es necesario abordar las formas y los procedimientos concretos que permitan recolectar la información que nos proporcionará la realidad. Existe una gran variedad de técnicas, clasificadas más o menos según la posición y la participación de la investigación, que van desde la observación participante, hasta la que involucra en menor medida al investigador.

Estas técnicas deben practicarse con antelación, en el caso de la investigación formativa, en ambientes controlados que permitan a los jóvenes investigadores sacar el máximo beneficio de la práctica investigativa: historias de vida, descripción etnográfica, entrevistas, grupos focales, análisis semánticos basados en imágenes, ASBI, Análisis de Contenido, Análisis Críticos del Discurso y encuestas, son solo algunas técnicas que los jóvenes deben aprender a manejar; pero el investigador debe aprender a manejar otro tipo de herramientas, que van desde cómo elaborar un informe de lectura, cómo documentarse en la era electrónica, cómo analizar un documento iconográfico, cómo analizar un objeto, hasta cómo utilizar y entender cuadros estadísticos.

Autores como Jocelyn Létourneau (2009), proponen que la educación debe ofrecerle al estudiante “algunos medios para que adquiriera una educación científica y el hábito de la investigación profesional” (p. 13), además de algunos elementos que casi nunca se mencionan, como la ética del investigador. Ésta no sólo corresponde al adecuado manejo de las fuentes, sino también al tratamiento con las personas que le suministran información o contribuyen a levantar la investigación.

Hasta aquí hemos recorrido brevemente cuatro grandes momentos y aún nos falta uno último: el momento sintético. Es la hora esperada, ahora que tenemos los hallazgos y los hemos sometido a análisis desde los elementos teóricos que nos permitieron comprender e interpretar la realidad, es hora de volver a la teoría, es decir a la capacidad de condensar la realidad en nuevos constructos teóricos, y sobre todo, la posibilidad de contrastar la hipótesis de investigación. Si los momentos metodológicos y técnicos tienen que ver con los objetivos de la investigación, el momento sintético tiene que ver con la hipótesis y los elementos teóricos. Esta es la posibilidad de crear nuevos constructos, de preguntarse por las investigaciones y aspectos alcanzados y los que faltan, así como por las nuevas investigaciones que deberían formularse.

Referencias

- Ávila Pacheco, V. M. (2010). *Trazas metodológicas. De lo cuantitativo a las sabidurías en otredad*. Bogotá: Ediciones Doctrina y Ley LTDA.
- Campos Arenas, A. (2009). *Métodos mixtos de investigación. Integración de la investigación cuantitativa y la investigación cualitativa*. Bogotá: Editorial Magisterio.
- Carrillo Torres, A., Becerra Jiménez, A., et al. (2006). *La práctica investigativa en ciencias sociales*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Instituto de Estudios Ambientales, IDEA (s.f). *Seminario de investigación. Metodología de la investigación*. Obtenido el 22 de mayo de 2013, desde http://www.virtual.unal.edu.co/cursos/IDEA/2007219/lecciones/cap_4/sub7.html
- Létourneau, J. (2009). *La caja de herramientas del joven investigador: Guía de iniciación al trabajo intelectual*. Medellín: La carreta Editores E.U.
- Phillips M. E. y Pugh S. D. (2003). *Cómo obtener un doctorado. Manual para estudiantes y tutores*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Raúl Mejía, M. (s.f). *La sistematización. Empodera y produce saber y conocimiento*. Bogotá: Ediciones desde abajo.